

“La Eucaristía: sacramento de la caridad”.

Hoy es una fiesta de hondo arraigo en nuestros pueblos y ciudades; fiesta en la que proclamamos nuestra **fe en la presencia real, permanente y sustancial de Cristo en las especies eucarísticas** más allá de la celebración misma de la Eucaristía, como una prolongación de ésta. Ciertamente en la Eucaristía se hace presente de una manera singular el Señor Jesucristo, el mismo Jesús que predicó en Palestina (*Jesús histórico*), el mismo que fue resucitado de entre los muertos (*Señor resucitado – Cristo de la fe-*), y el mismo que adoramos en este sacramento (*Cristo eucarístico*). Por eso en este día del Corpus Christi, *veneramos de una manera especial este misterio, y llevamos en procesión al Santísimo por nuestras plazas y calles*, manifestando así **nuestra fe en este Sacramento**.

La Iglesia, al reconocer la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, desarrolló la tradición de exponerlas a la veneración de los fieles como una llamada a la fe en Jesucristo hecho eucaristía por nosotros y una invitación a la adoración humilde ante la grandeza de este misterio. Así surge el rito particular de esta fiesta, que prolonga la celebración eucarística **procesionando el pan eucarístico por nuestras calles para invitar al pueblo a manifestar su fe en el misterio de la Eucaristía**.

La celebración eucarística es el misterio de fe que la Iglesia celebra continuamente como memorial del Señor, una tradición que se remonta hasta el mismo Señor como nos recuerda san Pablo (2ª lectura), donde Jesús quiso darnos como verdadero alimento su propia carne y sangre, al mismo tiempo que nos regalaba su presencia permanente en este admirable sacramento de la Eucaristía. Por tanto, el contemplar, venerar y comulgar el Cuerpo y la Sangre del Señor, ha de llevarnos a experimentar *“constantemente en nosotros el fruto de la redención”* (oración colecta de la misa).

El pan ha sido siempre objeto de bendición, algo sagrado. Es fruto de la tierra y del trabajo del hombre; pero es, sobre todo, signo de la generosidad de Dios. Todo pan tiene algo de maná: es fruto de tierra pero, pero baja del cielo.

Melquisedec, mítica figura de Cristo, bendice a Dios y bendice a Abraham con pan y vino. Es rey de paz y sus sacrificios son de comunión (1ª lectura). Jesús bendice los panes y los peces, dando gracias a Dios por este alimento, lo parte y, por la fuerza de su amor misericordioso, se multiplica en sus divinas manos, para que **nadie pase hambre** (evangelio). El mismo Señor Jesús hizo del pan partido y del vino abundante un signo de **su cuerpo entregado** y de **su sangre derramada** (2ª lectura), un signo de un amor que se entrega generoso hasta la muerte.

La Eucaristía nos enseña, nos urge, nos compromete: es “sacramentum caritatis” (Sacramento de caridad). Algo en nosotros tiene que cambiar. No se puede comulgar y quedar ileso; es inconcebible comulgar y seguir siendo egoísta, violento, insolidario, cobarde, comodón.

Es interesante el comentario que el Boletín informativo nº 29 de Cáritas Diocesana de Teruel (“Puertas abiertas”) nos hace llegar en su primera página. Está titulado “El pan nuestro de cada día”; y os lo transcribo a continuación. ¡Que nos ayude a comprender mejor el sentido cristiano y vivencial de la Eucaristía!. Dice así:

La fiesta del Cuerpo de Cristo, pan para todos, pan de la vida, nos recuerda que mientras unos hermanos nadamos en el despilfarro, otros se tienen que conformar con las migajas que les arrojamos. Y eso, si se las arrojamos. Se sigue repitiendo, día tras día, la parábola del pobre Lázaro y el rico sin nombre. ¿Era malo el rico sin nombre? ¿Había conseguido su dinero con malas artes, engaños o fraudes? Seguramente no. ¿Por qué, entonces, lo critica el Señor y lo manda a las calderas de Pedro Botero? ¿Por haber defraudado a Hacienda? No. Defraudó a Dios. Dios le había dado riquezas para compartirlas con los que no las tenían. Y se parapetó en la indiferencia y en el olvido para no ver al pobre que estaba en las puertas de su casa. Y es que el dinero cierra los ojos. Y si cierra los ojos, ciega el corazón.

La fiesta del Cuerpo de Cristo, banquete donde los primeros invitados rechazan la llamada y son buscados los excluidos, nos echa en cara que hemos vuelto a las andadas: hemos sentado a la mesa a los poderosos y hemos dejado en la puerta a los cojos, mancos, lisiados y pecadores. Hemos limpiado los manteles, las copas y no permitimos que los ensucien con su presencia los menesterosos. Y, así, la fiesta del encuentro la hemos convertido en una convención, una cena de empresa. Un compromiso.

La fiesta del Cuerpo de Cristo, pan cocido en el horno del amor, hecho de mil granos distintos y triturados, fermentados con una pizca de levadura de respeto y adoración, nos saca los colores. Porque nos postramos ante el Señor, encerrado en una custodia repleta de piedras preciosas; semioculto tras el humo del incienso. Y nos da vergüenza y miedo aproximarnos a los prójimos embellecidos por otras culturas, costumbres y ritos. Las custodias de hoy tienen forma de cayucos, pateras y silencios.

La fiesta del Cuerpo de Cristo, pan redondo, sin ángulos ni límites, nos afea la pretensión de construir una sociedad perfecta donde lo "imperfecto" quede lejos. Que no moleste. Y así, quedan fuera los ancianos demenciados, los hijos difíciles, los jóvenes raros, las personas improductivas, los enfermos contagiados y contagiosos... Quedan fuera los posibles problemas, las posibles dificultades, las posibles fobias, las posibles soluciones. Queda fuera "otro mundo posible". Y la Eucaristía, redonda como el sol, nos habla de universo sin límites, de apertura sin límites, de amor sin límites.

La fiesta del Cuerpo de Cristo, pan necesario de cada día, nos habla de vivir a la intemperie, sin atesorar ni acumular. Nos habla de vivir al día, sin planes de pensiones ni seguros de riesgo.

Hoy es un día para que nos propongamos participar mejor en la Eucaristía.

*También, para proclamar con mayor ahínco nuestra fe
en la presencia de Cristo en la Eucaristía.*

*Y como colofón de todo ello:
vivir el amor entregado de Cristo y darlo a los hermanos.*

Avelino José Belenguer Calvé.
Delegado Episcopal de Liturgia.